

LA BENDITA MEDIANÍA: LOS CATÓLICOS ARGENTINOS Y SUS APELACIONES A LA “CLASE MEDIA”, c. 1930-1955

Ezequiel Adamovsky¹

Resumen

El trabajo se ocupa de trazar los orígenes del interés de los “católicos sociales” argentinos por la “clase media” como grupo social, y de investigar los cambios en las motivaciones de ese interés. Se rastrean sus inicios luego de 1919 y se identifican dos momentos en los que fue particularmente intenso: la década de 1930 y los últimos años de la segunda presidencia de Perón. El trabajo argumenta que el interés de los católicos por la clase media obedece a una intencionalidad “contrainsurgente”, relacionada con el temor por el avance del comunismo primero, y por el peronismo más tarde.

Palabras clave: clase media, Acción Católica Argentina, catolicismo, iglesia, peronismo.

Abstract

This article traces the origins of the Argentinean social Catholics' interest in the “middle class” as a social group, and analyzes the transformations in the reasons for such interest. From the early evidences after 1919, two other moments of pervasive interest in the middle class are identified: that of the 1930s and that of the later years of Perón's second presidency. The author argues that the Catholics' interest in the middle class has a “counterinsurgent” component, related to fear for the advance of communism first, and for peronism later.

Key words: middle class, Acción Católica Argentina, Catholicism, church, peronism

¹ Universidad de Buenos Aires/ CONICET. Dto. de Historia, Puán 480, 3° piso, 1406, Buenos Aires, Argentina. Correo-e: eadamovs@mail.retina.ar

En la década de 1930, con algunos antecedentes previos, el catolicismo “social” argentino comenzó a manifestar un interés por la “clase media” que no había mostrado anteriormente. Ya que sus apelaciones a ese sector ocuparían un lugar central en el posterior enfrentamiento con Perón, resulta necesario explorar en qué contexto los católicos argentinos comenzaron a percibir y preocuparse por la “clase media” como tal, y con qué fines lanzaron apelaciones hacia ese sector hasta la época del derrocamiento del gobierno peronista. Nos interesaremos sólo por las apelaciones “generalistas”, es decir, aquellas que invocan a la totalidad de los sectores medios, antes que a cada uno en particular. Para poder visualizar mejor las especificidades del caso, conviene comenzar con una breve reseña del catolicismo internacional y sus vinculaciones con el tema de la clase media.

El contexto mundial

El catolicismo tiene una larga tradición de intervención en los temas “sociales”. La encíclica *Rerum Novarum* de León XIII (1891) inauguró la “doctrina social” de la Iglesia: los católicos de todo el mundo eran convocados a abandonar la actitud simplemente defensiva de un orden pasado ya irremediadamente ido, para pasar a constituirse en una alternativa *actual* frente a las dos doctrinas que dominaban el momento: el socialismo y el liberalismo. La Iglesia y las agrupaciones del laicado comenzaron a ocuparse de la “cuestión social” y a disputar con los socialistas los corazones de los trabajadores, a través de una serie de iniciativas de sindicalización bajo signo católico. La nueva ofensiva se acompañaba de una “doctrina social” que pretendía situarse en un justo medio entre los extremos del individualismo liberal y del colectivismo comunista. Para legitimarse en ese espacio, la encíclica recuperaba la antigua tradición cristiana de crítica moral de la riqueza desmedida, para sostener la necesidad de una mejor distribución de la propiedad y del capital entre “ricos” y “proletarios”. El Papa no cuestionaba la existencia de las clases sociales: por el contrario, sostenía que no tenían motivo para ser enemigas si mantenían un “equilibrio” fundado en el reconocimiento de los “mutuos deberes” que la religión se encargaba de recordarles. El Estado, por otra parte, tenía que asumir un papel más activo en la protección de los más humildes. Este designio, que llamaremos “contrainsurgente” – en la medida en que su principal preocupación es la de detener o moderar la crítica radical del orden social por parte de las clases populares–, se hace incluso más evidente en la siguiente encíclica “social”: *Quadragesimo Anno*, de Pío XI (1931). Allí, la crítica del liberalismo se hace menos intensa y se reconoce la presencia de un socialismo más “moderado”, para cargar todas las tintas contra el comunismo y la doctrina de la “lucha de clases”. Nuevamente en este caso la encíclica critica la excesiva distancia que separa a las “dos clases” y hace un llamamiento por la “cooperación” entre las clases en el marco de una mayor “justicia social”.² La “imaginación sociológica” que estas encíclicas transmiten

² Ángel Torres Calvo, *Diccionario de textos sociales pontificios*, Madrid, Cía. Bibliográfica Española, 1962.

es una claramente binaria: aunque pudiera parecer implícita en este ideal del justo medio, las intervenciones vaticanas sobre la “cuestión social” no hacían referencias a ninguna “clase media”: la “tercera vía” doctrinaria que proponía la Iglesia todavía no era identificada con ningún tercer espacio social intermedio.

Aunque el interés en estos años estaba abrumadoramente puesto en los obreros existían importantes iniciativas de los católicos referidas a la “clase media”, particularmente en el mundo francófono. Los católicos belgas fueron precursores en estas cuestiones: desde el gobierno crearon en 1899, dentro del Ministerio de Trabajo, una Oficina para el Estudio de la Pequeña Burguesía, primera de una serie de iniciativas que incluyeron un papel central en la convocatoria al primer Congreso Internacional de las Clases Medias, reunido en Amberes ese mismo año (y con nuevas ediciones en 1901, 1905 y 1908) y la creación del Instituto Internacional de las Clases Medias con sede en Bruselas en 1901, importante usina de investigación y pensamiento sobre ese sector. En Francia, los intelectuales católicos (entre otros los del Museo Social, fundado en 1895) mantuvieron intensos contactos con sus pares belgas y tuvieron un papel de gran importancia en la convocatoria a un primer congreso francés de las clases medias en 1908, durante el cual se creó la Asociación de Defensa de las Clases Medias, primera de una larga serie de experiencias de sindicalización de los sectores medios en Francia. A pesar de este acercamiento temprano, la preocupación por la “clase media” tardaría todavía bastante en adquirir un lugar central en las preocupaciones del catolicismo social. En Francia, las “Semanas Sociales” –encuentros anuales en los que se reunían clérigos y laicos para reflexionar sobre las necesidades de la acción social de los católicos– sólo se ocuparon del tema en su XXXI edición, en 1939.³ La problemática se había discutido un poco antes en la XV reunión de la Unión Internacional de Estudios Sociales (1934), una especie de “semana social” para los católicos sociales de todo el mundo, fundada a instancias de los belgas en Malinas en 1920. Allí se había considerado que la clase media “*representa una fuerza de conservación social*” que está en peligro y que necesita protección.⁴ La preocupación por la clase media sólo se abrirá paso en los discursos pontificios más tarde: en 1956 el Papa Pío XII recibió una delegación del Instituto Internacional de las Clases Medias y les dedicó una alocución en la que resaltó la importancia de ese sector, un “*elemento de moderación y de equilibrio*” y de “*salud moral*” que se encuentra en peligro, y cuya ausencia en ciertos países es causa de “*excesos políticos*” graves y violentos.⁵

El catolicismo social argentino y la clase media: de los comienzos de un interés hasta el primer gobierno de Perón

En Argentina hubo respuestas tempranas al llamado de León XIII: en 1892 Federico Grote funda el primer Círculo de Obreros Católicos, en oposición a “*la funesta propaganda del*

³ Jean Ruhlmann, *Ni bourgeois, ni prolétaires: La défense des classes moyennes en France au XXe. siècle*, Paris, Seuil, 2001, pp. 209-20.

⁴ *Boletín Oficial de la Acción Católica Argentina* [en adelante *Boletín AC*], n° 89, 1/1/1935, pp. 31-32.

⁵ Pío XII, *Discorsi e radiomessaggi*, 20 vols., Vaticano, Tipografia Poliglotta Vaticana, s. /f., XVIII, pp. 601-605.

socialismo y de la impiedad".⁶ A la de Grote siguieron otras varias iniciativas e instituciones, muchas veces en competencia unas con otras, dedicadas a intentar una penetración entre las clases populares para llevar la prédica antisocialista. Los textos de la época –por ejemplo el “Programa” de la Unión Democrática Cristiana (UDC, 1912-1919)– planteaban la “cuestión social” en términos binarios, como el desafío de equilibrar las relaciones entre “patronos” y “obreros”; las prácticas concretas de organización y las apelaciones se dirigían a los trabajadores (con llamados a la responsabilidad social del capital).⁷ Aunque, como veremos, más tarde habría iniciativas en pos de un gremialismo de clase media, el catolicismo social apuntaría con mucha mayor insistencia al de los obreros, incluso en la década de 1940.⁸

Los primeros signos de percepción de una “clase media” aparecen en 1919. Recordemos que ese año se llegó al pico máximo de conflictividad social registrado hasta entonces: los sucesos de la Semana Trágica se encargarían de confirmar, para todos, el peligro del avance del “comunismo” que los católicos sociales venían anunciando. La Unión Democrática Argentina –sucesora de la UDC, que funcionó entre 1919 y 1925– avanzaba por entonces en la crítica del liberalismo. En su “Declaración de Principios” culpaban a esa doctrina, entre otras cosas, de haber “destruido casi totalmente la estabilidad de las clases medias; han producido la acumulación de las riquezas en manos de unos pocos y el empobrecimiento de la gran masa”. En su “Programa”, sin embargo, sólo refieren a patronos y obreros, aunque sí proponen la “protección del pequeño comercio y de la pequeña industria” y la creación de la “pequeña propiedad rural”, limitando los monopolios y expropiando el latifundio.⁹ Como veremos, la vinculación entre la preocupación por la clase media y la necesidad de combatir a la izquierda será una constante en los años por venir.

El interés de los católicos sociales por la “clase media”, sin embargo, sólo adquirirá visibilidad en la década de 1930. Cabe señalar que la ausencia de una preocupación más visible en años anteriores está en sintonía con la inexistencia de una reflexión sobre la “clase media” en la Argentina en general, y no sólo en medios católicos. De hecho, los primeros signos de atención parecen proceder del contacto con realidades de otros países en los que el problema de la clase media era más visible. En 1922 Rómulo Amadeo –quien más tarde sería profesor del Museo Social Argentino (fundado por su hermano Tomás en 1911 siguiendo el modelo del francés) y alto dirigente de la Acción Católica– observaba que en Europa “también la clase media comienza a unirse para defender sus intereses tanto tiempo abandonados”. Amadeo toma nota de este hecho en el contexto de estar argumentando a favor de una forma de representación corporativa para enfrentar mejor la cuestión social.¹⁰ Ocho años más tarde, en una especie de propuesta de programa de acción social católica, Amadeo dedicaría todo un capítulo a indicar “cómo contrarrestar al socialismo”. El “cristianismo social”, aun sin llegar al poder, es “de una

⁶ Lila Caimari, *Perón y la Iglesia católica*, Buenos Aires, Ariel, 1995, pp. 41-42.

⁷ Néstor Auza, *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino*, 4 vols., Buenos Aires, Docencia, 1987, II, pp. 286-95.

⁸ V. Loris Zanatta, *Del Estado liberal a la nación católica: Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo, 1930-1943*, Bernal, UNQ, 1996, pp. 327-44.

⁹ En Auza, *Aciertos y fracasos...*, III, pp. 55-58.

¹⁰ Rómulo Amadeo, *El gobierno de las profesiones y la representación proporcional*, Buenos Aires, Amorrortu, 1922, p. 96.

inmensa utilidad como cristalización de las fuerzas anti-socialistas, como ariete” para quienes repudian el socialismo pero están “ayunos de argumentos para defenderse”. Las clases altas “*se defienden del socialismo instintivamente*”; el problema entonces son las clases bajas, inclinadas a caer presa de él. Pero Amadeo también advierte: “*Las clases medias son hoy conquistadas entre nosotros (más de lo que nos imaginamos) por el socialismo de una manera gradual: comienzan por serlo en el orden económico para terminar en el orden político.*” Por eso Amadeo argumenta que no debe confundirse “cuestión social” con “cuestión obrera”, ya que aquélla refiere también a los problemas de “*las otras clases sociales*”: “*del pequeño comerciante, del empleado, del pequeño propietario, del pequeño agricultor, etc.*”.¹¹

Pero el principal abogado de las “clases medias” sería nada menos que Monseñor Gustavo J. Franceschi, la figura más relevante (junto con Miguel de Andrea) del catolicismo social de la primera mitad del siglo XX. Franceschi había desempeñado un papel activo en las nacientes organizaciones obreras católicas. Destacado profesor de filosofía y sociología y conferenciante regular de los Cursos de Cultura Católica, la influencia intelectual de Franceschi recibiría un fuerte espaldarazo cuando su ya por entonces extensa carrera como editor de prensa católica concluyera en su designación como director del semanario *Criterio* en 1932, cargo que ocuparía hasta su muerte en 1957. *Criterio* era la principal tribuna doctrinaria de los católicos en esa época, con una tirada que pasó de 5000 números iniciales a la impresionante cifra de 11.000 hacia el final de su gestión. La línea política de la revista, marcada por el propio Franceschi desde sus editoriales, era de un intenso anticomunismo, de crítica del liberalismo y propulsora del nacionalismo y de una democracia “social” o “cristiana” cuyo componente autoritario la distinguía de la democracia liberal. Inicialmente Franceschi simpatizaría con los caminos del fascismo y el corporativismo, aunque más tarde, siguiendo los lineamientos del Vaticano, se volvería crítico de todo “totalitarismo” y menos hostil hacia el liberalismo.¹² Su aversión a la política y los políticos y su confianza en los militares para detener la amenaza comunista lo llevaron a apoyar los golpes de Estado de 1930 y el de 1943.¹³

Según propio testimonio Franceschi advirtió el potencial anticomunista de la “clase media” durante su viaje a la Italia fascista en 1922. Allí observó que no sólo la clase alta estaba molesta por las “*agitaciones comunistas*”, sino que también los “*pequeños comerciantes, pequeños industriales, abogados, médicos, estudiantes*” habían llegado “*al límite de la paciencia*”. Manifestó entonces también su preocupación por la existencia de un “proletariado intelectual” con tendencias comunizantes.¹⁴ Todavía en 1945 Franceschi recordaría que su viaje a Italia lo impactó el hecho de que “*los mejores elementos*” de los *fasci* eran “*hombres de la clase media*”.¹⁵ En el marco de la creciente preocupación por el avance del comunismo, Franceschi se ocuparía en varias ocasiones de la “clase media”. Su

¹¹ Rómulo Amadeo, *La acción social católica*, Buenos Aires, Galli y Paulucci, 1930, pp. 24-25, 6, 19.

¹² Lila Caimari, *Perón y la Iglesia...*, pp. 348-50. Ver también María Isabel de Ruschi, *Criterio, un periodismo diferente*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1998.

¹³ Miranda Lida, “Iglesia, sociedad y Estado en el pensamiento de Monseñor Franceschi: de la *sedition* tomista a la ‘revolución cristiana’ (1930-1943)”, *Anuario IEHS*, n° 17, 2002, pp. 109-23.

¹⁴ Gustavo Franceschi, *La angustia contemporánea*, Buenos Aires, Coni, 1928, pp. 167 y 181ss.

¹⁵ Cit. por Marcelo Montserrat, “El orden y la libertad: una historia intelectual de *Criterio* 1928-1968”, en Noemí Girbal-Blacha y Diana Quattrocchi-Woisson (eds.), *Cuando opinar es actuar: revistas argentinas del siglo XX*, Buenos Aires, ANH, 1999, p. 181.

primer artículo al respecto está motivado, nuevamente, por un estímulo del exterior. En un viaje a Brasil en 1933 conoció al prominente intelectual católico brasileño Tristán de Athayde, quien le pasó una copia de su reciente libro *El problema de la burguesía*. Athayde criticaba en ese libro el individualismo, agnosticismo y liberalismo de la “civilización burguesa” y lanzaba un llamado a la burguesía a “reformarse o perecer”; al pasar, advertía sobre el peligro de la destrucción de la burguesía “y de las clases medias en que se subdivide”.¹⁶ Todavía en el barco, Franceschi lee el libro y escribe un entusiasta editorial para *Criterio* intitolado “La proletarización de la clase media”. Luego de reseñar las opiniones del brasileño, advierte sobre los efectos de la crisis económica, que acercan a secciones de la “clase media” al “proletariado”. El peligro es que es en este “proletariado intelectual” de “maestros sin cátedra, médicos sin enfermos, abogados sin clientes” que “se ha formado la casi totalidad de los dirigentes bolcheviques”. Para Franceschi, “hace falta una alta dosis de cristianismo para resistir virilmente a una caída brusca” sin padecer tales efectos mentales. Y ya que la clase media es la clase “que une a las extremas y equilibra el conjunto manteniendo su estabilidad”, es imprescindible no permanecer indiferentes frente a los efectos de la crisis actual: es preciso “reformular toda la economía hasta sus fundamentos”. Y concluye:

*“Creo que las circunstancias piden que se prepare a la clase media a su nueva posición y se la organice para su nueva vida. Países europeos existen donde se está verificando esta salvadora tarea. ¿Por qué no entre nosotros? Pero si la clase media se proletariza del todo, la revolución es inevitable.”*¹⁷

Hacia mediados de la década de 1930, entre otras cosas por la política del socialismo y del comunismo internacionales de propiciar “frentes populares” para detener el fascismo, los socialistas y comunistas argentinos dieron renovadas señales de su vocación de captar también a los sectores medios, cosa que debe haber sin duda confirmado los peores temores de Franceschi. Así, en una conferencia para la Acción Católica sobre las “circunstancias que favorecen la difusión del comunismo”, dictada en 1937, el sacerdote advirtió que los elementos de la “clase media” estaban “proletarizándose” a causa de la crisis económica. Son precisamente esos elementos los que conforman “los organismos mediante los cuales se difunde el comunismo” en Europa, en una tendencia que ya puede observarse en Argentina.¹⁸ En 1939 vuelve a la carga con el mismo tema en otro editorial para *Criterio*, en el que denuncia que los izquierdistas aprovechan las “angustias de la clase media” para atraerla a sus filas, mediante agrupaciones intelectuales y sindicales que ya están teniendo éxito. Frente a esta situación, Franceschi llama a imitar el ejemplo de países como Bélgica u Holanda, donde se ha dictado legislación específica para proteger a la “clase media” del empobrecimiento y para el “cuidado” de su educación: “Hay que salvar a la clase media; de lo contrario ella, al perderse, nos perderá...”.¹⁹ Tres años más tarde propone restricciones severas en el acceso

¹⁶ Tristán de Athayde [pseud. de Alceu Amoroso Lima], *El problema de la burguesía*, Buenos Aires, CCC, 1939, pp. 183 y 219. El original es de 1932.

¹⁷ Gustavo Franceschi, “La proletarización de la clase media”, *Criterio*, n° 262, 9/3/1933, pp. 221-24.

¹⁸ Gustavo Franceschi, “Circunstancias que favorecen la difusión del comunismo”, en Idem: *Totalitarismos*, 2 vols., Buenos Aires, Difusión, 1946, II, p. 191.

¹⁹ Gustavo Franceschi, “Las angustias de la clase media”, *Criterio*, n° 578, 30/3/1939, pp. 293-97.

a la educación secundaria y universitaria para evitar una sobreabundancia de profesionales y de bachilleres, ya que las “*grandes revoluciones sociales*” siempre son encabezadas por estos “*abogados sin pleitos, médicos sin enfermos, ingenieros sin clientela, intelectuales más o menos fracasados*”.²⁰ Las “*angustias de la clase media*” son todavía tema de otro editorial de *Criterio* en 1946. Con mayor vehemencia Franceschi llama a realizar profundos cambios (“*una evolución casi revolucionaria*”) para salir de la “profunda crisis” que aqueja a Occidente y para mantener a salvo la “sustancia” del orden social: “*la propiedad privada, la familia, las clases provenientes de la división del trabajo*”. Entre éstas, la “clase media” es fundamental como “puente” que une el capital y el trabajo, resguardo de las “tradiciones” y de los valores de la “patria chica”. En Argentina la clase media se considera más un “pasaje” que un “estado”, ya que está formada en gran parte por inmigrantes que “*a fuerza de trabajo y de ahorro constituyeron un modesto capital*” y aspiran a seguir ascendiendo socialmente; constituyen un valioso “*elemento de equilibrio*”: “*Por temperamento al mismo tiempo que por interés la clase media es adversa a las medidas excesivas, no se niega a las evoluciones necesarias pero le repugna que sean demasiado bruscas y rápidas, y evita de este modo tanto el anquilosamiento conservador cuanto el correr tras aventuras peligrosas*”. Franceschi valora a la clase media argentina por un elemento nuevo, que no habíamos encontrado en los textos previos: la familia. En su opinión, el vicio y la miseria –propios de la vida de la clase alta y la baja respectivamente– constituyen amenazas a la estabilidad familiar que la medianía sabe sortear mejor. Hecho el elogio de la clase media, Franceschi vuelve a advertir sobre los peligros que la acechan: en primer lugar “*los extremismos revolucionarios de izquierda*”, que requieren su desaparición para instaurar el “comunismo”. En segundo lugar, la tendencia a la concentración excesiva del capital, que vulnera su estabilidad económica. Y por último, “*la incompreensión de los gobiernos*” y la “*tendencia estatista*” de nuestra época, que la abruman con impuestos imposibles de cubrir. La clase media “debe recuperar su conciencia de clase”, para lo cual es conveniente fomentar la creación de “*organismos profesionales*” y otro tipo de asociaciones “*ensayadas en otros países*”. Y Franceschi concluye: “*La clase media debe ser orientada y salvada, porque de lo contrario prolongamos el caos y preparamos la ruina definitiva de las instituciones*”.²¹

Entre fines de la década de 1920 y principios de la de 1940 los católicos sociales crean una serie de pequeñas agrupaciones profesionales de sectores medios cuyo perfil, sin embargo, es de tipo corporativo, cultural o propagandístico antes que verdaderamente gremial: Consorcio de Médicos Católicos, Corporación de Abogados Católicos, Corporación de Economistas Católicos, Corporación de Arquitectos Católicos, Consorcio de Odontólogos Católicos, Corporación de Ingenieros Católicos, Asociación de Escritoras y Publicistas Católicas, etc. (también se organizan eventos como el Congreso Nacional de Maestros y Profesores Católicos, cuya segunda edición se realizó en 1940, etc.).²² A pesar

²⁰ Gustavo Franceschi, “M’hijo el doctor”, *Criterio*, n° 737, 16/4/1942, pp. 369-71.

²¹ Gustavo Franceschi, “Angustia de la clase media”, *Criterio*, n° 950, 30/5/1946, pp. 491-95.

²² Susana Bianchi, “La conformación de la Iglesia católica como actor político-social. Los laicos en la institución eclesiástica: las organizaciones de élite (1930-1950)”, *Anuario IEHS*, n° 17, 2002, pp. 143-61; Omar Acha, “El catolicismo y la profesión médica en la década peronista”, *Ibid.*, pp. 125-42; *Criterio*, n° 646, 18/7/1940 y n° 619, 11/1/1940; Ana María T. Rodríguez, *Médicos, Iglesia y Estado: tensiones entre discursos, políticas y prácticas. Sobre la construcción política de los cuerpos generizados en la Argentina de los años '30-'45*, Tesis de maestría inédita, Universidad Nacional de La Pampa, 2006.

de todo esto, sin embargo, no da la impresión de que los desesperados llamamientos de Franceschi hayan tenido, por ahora, demasiado eco: hasta el segundo gobierno de Perón existen pocas evidencias, fuera de las reseñadas, de un interés sostenido y pronunciado por la "clase media" como tal.

Hacia el segundo gobierno peronista: los católicos y la clase media

En contraste con el período anterior, desde 1950-1951 comienzan a multiplicarse entre los católicos signos de interés por la clase media, hasta llegar a una verdadera campaña de agitación a partir de 1953 que, sin embargo, decae inmediatamente después del derrocamiento de Perón. Para comprender el significado de este acercamiento a la clase media conviene comenzar con una breve reseña de las relaciones entre Perón y la Iglesia.

La historia de las actitudes de los católicos frente a Perón, desde una inicial aprobación (aunque no sin sospechas e incluso oposición por parte de una minoría de demócrata-cristianos y católicos sociales, entre los que se contaban De Andrea y muy pronto Franceschi), hasta el enfrentamiento abierto contra el régimen durante la segunda presidencia, es bien conocida.²³ Nos limitaremos aquí a una breve contextualización del desencuentro entre ambos.

Para comprender este asunto es preciso tener en cuenta dos datos centrales de la segunda presidencia de Perón: los cambios en la estrategia política del régimen para afrontar la crisis del modelo económico abierto en 1949 y la creciente oposición contra el gobierno de diversos sectores, evidenciada en el intento de golpe de estado de septiembre de 1951. La crisis económica golpeaba por entonces a la Argentina en forma de una caída de la producción agraria, estancamiento industrial, y niveles de inflación preocupantes. Frente a esta situación, el régimen articuló una nueva estrategia en dos planos. En el económico, Perón debió introducir políticas que necesariamente serían impopulares. En diciembre de 1952 lanzó su Segundo Plan Quinquenal, con un programa económico que privilegiaba la inversión, el agro y la industria pesada por sobre los objetivos de expansión del consumo y "justicia social" típicos de la primera presidencia. El plan significaba que habría una menor receptividad a las demandas de aumento salarial, acompañada de una exigencia de mayor productividad y disciplina laboral. El correlato político de este viraje, que anunciaba peligros de conflictividad social, se manifestó en una estrategia de mayor presión hacia la "peronización" de la sociedad. A partir de 1950-1951 se nota en los discursos de Perón una tendencia más fuerte a una división dicotómica del campo político que enfrentaba a un peronismo cada vez más concebido como la nación misma, con un enemigo difuso y acechante que amenazaba las conquistas del pueblo. Se demandaba, en virtud de ello, mayores niveles de organización y de alineamiento con el gobierno por parte de todos los sectores sociales; a partir de 1950 se evidenciaba en los discursos de Perón una insistencia mayor en la necesidad de crear organizaciones que encuadraran también a sectores no obreros, desde estudiantes hasta comerciantes, pasando por profesionales,

²³ Ver Lila Caimari, *Perón y la Iglesia...*; Susana Bianchi, *Catolicismo y peronismo: Religión y política en la Argentina, 1943-1955*, Buenos Aires, Prometeo/IEHS, 2001.

consumidores, deportistas, etc.; el proyecto de una Confederación General de Profesionales (CGP), puesto en marcha en 1953, fue uno de los intentos más enérgicos de penetrar en sectores sociales en los que la peronización había sido débil o había incluso encontrado una recepción hostil.²⁴

Tanto en general por su ambición de concentrar todas las lealtades sociales y de permear todas las identidades, como en particular por su proyecto de alinear a los “profesionales”, la estrategia de Perón inevitablemente chocaba con las de la Iglesia católica. Como parte de su plan de contención del comunismo luego de la Segunda Guerra Mundial, el Vaticano había lanzado un llamamiento a reforzar el apostolado de los laicos en todos los frentes. Este llamamiento, alma del Primer Congreso Mundial por el Apostolado de los Laicos reunido en Roma en noviembre de 1951, se tradujo en una mayor energía destinada a la organización de asociaciones gremiales católicas, y también en la estrategia política de crear partidos demócrata-cristianos.²⁵ La actividad internacional en el terreno de las asociaciones de profesionales, científicos, artistas y docentes luego de 1950 fue febril: los Secretariados Internacionales de Profesionales Católicos tuvieron su asamblea plenaria ese año en Holanda, seguida de numerosas fundaciones, reuniones y congresos generales de las asociaciones-miembro (de ingenieros, abogados, farmacéuticos, médicos, escritores, artistas, economistas, profesores, hombres de ciencia, etc.) durante los cuatro años siguientes.²⁶ En Argentina el Partido Demócrata Cristiano se crearía finalmente en 1954, mientras que las actividades de las organizaciones laicas católicas evidenciarían una acrecida vitalidad a partir de 1950. En varias oportunidades Perón declaró su irritación por las veleidades gremiales católicas (el propio proyecto de la CGP se relacionaba con la necesidad de contrarrestarlas): ya desde junio de 1953 destina a aquéllas ataques de violencia verbal creciente.²⁷ Indudablemente, Perón y los católicos se habían lanzado por entonces a una especie de carrera por ver quién controlaba la agremiación de los sectores profesionales y medios. De los múltiples aspectos que esta situación involucra, sólo nos ocuparemos aquí de los católicos y su súbito interés por lanzar apelaciones generales a la “clase media” como tal.

Acción Católica Argentina: un súbito interés

Entre los católicos, los que llevaron la delantera en el intento de movilización de la “clase media” fueron los alineados en la Acción Católica Argentina (AC). Creada en 1931 por el Episcopado, AC era la principal agencia del laicado, con una importante inserción social. En 1951 declaraban 124.000 miembros –aunque estudios recientes proponen un número más confiable de 72.560 para 1950 y 63.047 para 1955, sin contar los niños–, repartidos en varios cientos de centros y círculos (eran en total 1853 en 1939) agrupados por sexo, edad

²⁴ Ver Ezequiel Adamovsky, “El régimen peronista y la *Confederación General de Profesionales*: Orígenes intelectuales e itinerario de un proyecto frustrado (1953-1955)”, *Desarrollo Económico*, n° 182, julio-sept. 2006, pp. 245-65.

²⁵ Lila Caimari, *Perón y la Iglesia...*, pp. 265-303.

²⁶ V. *Criterio*, n° 1198, 22/10/1953, p. 813.

²⁷ Juan D. Perón, *Obras completas*, 25 vols., Buenos Aires, Docencia, 1997-2002, XVII (1), p. 369; XVIII (2), pp. 466, 534-40 y 599-605; XIX, pp. 285-86.

y ocupación en parroquias e instituciones varias de todo el país, con mayor presencia en el ámbito urbano y en la zona del Litoral y Córdoba. A pesar de su interés en la clase obrera, diversos testimonios indican que la pertenencia social de la mayor parte de los miembros de AC no era trabajadora sino parte de lo que hoy llamaríamos “clase media”.²⁸

Las expectativas que el fuerte crecimiento y la febril actividad de los primeros años de su fundación habían despertado, se vieron algo mermadas ya a fines de los años treinta. Las nuevas afiliaciones disminuyeron, y las actividades languidecieron. El advenimiento de Perón no colaboró con el dinamismo de AC, toda vez que muchos de sus miembros se dedicaron a colaborar con el general en sus primeros pasos y otros se alejaron. Pero, como ya mencionamos, a fines de la década el catolicismo internacional renovó sus esfuerzos para acrecentar el activismo de los laicos. El Episcopado argentino respondió aprovechando el vigésimo aniversario de la fundación de la AC para relanzar sus actividades y su esfuerzo organizativo no sólo entre los obreros, sino también entre profesionales y estudiantes. Desde entonces se evidencia un renacimiento de sus actividades: muchas de las organizaciones preexistentes (por ejemplo los “Consortios” o “Corporaciones” de profesionales ya mencionados) reforzaron su presencia; además, otras nuevas se sumaron a la lista, como las Ligas de Padres y de Madres de Familia (1952), la Asociación Católica de Dirigentes de Empresa (1954), etc. Siguiendo los lineamientos de la AC a nivel mundial, la sección local comenzó a prestar creciente atención a la organización de los “profesionales”, visible en la creación de una nueva rama interna con ese nombre en 1952, que a su vez impulsó numerosas actividades, declaraciones y núcleos organizativos de diplomados y de otros sectores medios. Aunque no se dijera abiertamente, a todas estas iniciativas —que justificaban su pertinencia en la existencia de aspectos “descuidados” por el Estado— se acercaban especialmente los católicos antiperonistas, sobre todo a medida que las relaciones entre el régimen y la Iglesia se iban deteriorando.²⁹ Es en este marco que la AC lanzó intensas apelaciones para movilizar a la “clase media”. Veámoslas en detalle.

Se buscarían en vano signos de algún interés de la AC por la clase media durante la década de 1930 y principios de la siguiente. Los numerosos textos doctrinarios y de opinión y las descripciones de las conferencias, foros de estudio, emisiones radiales y cursos de la AC de estos años transmiten una percepción de la sociedad claramente binaria (obrerros/patronos) con casi ninguna mención de alguna “clase media”. Por ejemplo, las “Semanas Sociales” —jornadas nacionales de estudio temáticas organizadas por la AC desde 1937— no se ocuparon sino desde 1952 de los problemas de la “clase media”. Otro ejemplo en este sentido son los varios programas de los cursos de sociología que dictaba la AC y que su *Boletín* publicaba en detalle: ni los de 1937, ni los de 1938 refieren a la “clase media” y ni siquiera lo hace el del que dictó J. Roberto Bonamino —quien más tarde sería gran defensor de esa clase— en 1948.³⁰

El interés de la AC por la “clase media” parece haber ingresado de la mano de un importante dirigente del catolicismo social: Francisco Valsecchi. Economista y sociólogo laico, Valsecchi dictó cursos de ambas materias en el Museo Social Argentino (1940-

²⁸ Lila Caimari, *Perón y la Iglesia...*, p. 292; *Boletín AC*, n° 197, 1/7/1939; Omar Acha, “Notas sobre la evolución cuantitativa de la afiliación en la Acción Católica Argentina (1931-1960)”, inédito, 2006.

²⁹ Lila Caimari, *Perón y la Iglesia...*, pp. 292-99.

³⁰ V. *Boletín AC*, no. 315, julio 1948.

1951), la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires (1944-1948), el Instituto de Cultura Religiosa Superior (1940-1947) y llegó a ser Decano de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Católica. Su militancia fue principalmente en la AC, de cuyo “Secretariado Económico-Social” fue primer Director tras su creación en 1933, cargo que ocupó hasta 1958. Desde ese cargo, fue uno de los principales responsables de la definición de la agenda de temas y discusiones de la AC. Los tres volúmenes de su *Silabario Social* (1939-1943) fueron una de las obras de referencia principales sobre la doctrina social de la Iglesia en estos años. Allí, sin embargo, apenas menciona a la “clase media” para señalarla como una de las tras clases principales y al pasar cuando habla de la necesidad de formar “asociaciones de clase” católicas no sólo para los trabajadores, sino también para la “clase agrícola”, las “clases medias” y la “clase burguesa rica”, tal como se venía haciendo en Bélgica. Su interés se centraba en los problemas de la relación entre patronos y obreros: crítica del liberalismo, su obra abogaba por una mejor distribución de la riqueza, una participación más activa del Estado en la economía, y una organización corporativa de la sociedad (aunque distanciándose del modelo fascista).³¹ Atento a la obra de católicos franceses que insistían por entonces en la necesidad de organizar a la “clase media” (como el abate André Desqueyrat, a quien cita), en sus cursos para la UBA enseñaba que “*los miembros de las clases medias desempeñan la función de intermediarios*”, no sólo entre empresarios y obreros, sino también entre gobernantes y gobernados.³² Su interés por la “clase media”, sin embargo, sólo se hace visible a partir de 1948: en sus numerosos artículos previos para la prensa de la AC, en los que describía los objetivos, investigaciones y actividades del Secretariado a su cargo, sólo aparecen signos de preocupación por la situación y problemas de obreros y empleados, en el contexto del temor al avance del comunismo (cabe mencionar también que era su Secretariado el que estaba a cargo de la organización de las “Semanas Sociales”). En efecto, ese año Valsecchi publica el que sería el primer texto dedicado a la “clase media” que apareciera en el *Boletín* de la AC (que se publicaba mensualmente desde 1931). Allí, esa clase aparece como un grupo de virtudes especiales –vocación por el ahorro, “*autonomía*”, tendencia “*al juicio personal en contraste con la mentalidad de masa de la clase obrera*”, “*función intermediaria*”– que la convierten en un elemento de “*equilibrio*” y de “*gran importancia social*”. Por ello, la “crisis” que sufre la “clase media” es uno de los más graves problemas de la sociedad moderna: es necesario ponerse en acción para su defensa, para procurar una “legislación social” que la proteja. En esa tarea de “*reivindicación de las clases medias*”, los católicos “*no deben estar ausentes*”.³³ Cabe destacar que, por la misma época e incluso desde un poco antes, también en los Círculos Católicos de Obreros, organización de gran presencia en todo el país, se manifestaron signos de un interés similar.³⁴

³¹ Francisco Valsecchi, *Silabario social: principios fundamentales de doctrina social católica*, 3 vols., Buenos Aires, ACA, 1939-1943, I, p. 67; II, p. 97; III, pp. 42-43, 121-131, 148.

³² Francisco Valsecchi, *Ensayo sociológico acerca de las clases sociales*, Buenos Aires, Fac. de Cs. Económicas (UBA), 1947, p. 43.

³³ Francisco Valsecchi, “Las clases medias”, *Boletín AC*, n.º 317, sept. 1948, pp. 163-65.

³⁴ Don X, “La tragedia actual de la clase media”, *Labaro* (órgano oficial de la Federación de Círculos Católicos de Obreros), n.º 84, junio 1943, p. 3; “Clase media”, *Labaro*, n.º 97, julio 1944, p. 3; “Angustia de la clase media” [editorial], *Labaro*, n.º 130, abril 1947, p. 2; “La clase media” [editorial], *Labaro*, n.º 146, julio 1948, p. 1. El interés por la clase media continuaría en tiempos de la segunda presidencia de Perón; v. “El

Sin embargo, habrá que esperar todavía hasta 1950 para percibir en la AC signos de interés por la “clase media” más generalizados. Desde el año anterior se hacen evidentes los llamados, en sintonía con lo que pedía el Vaticano y el episcopado, para organizar cada uno “*el apostolado en su clase social*” y en su propio lugar de trabajo, saliendo del ámbito puramente parroquial.³⁵ Ese año J. Roberto Bonamino publica un artículo en el *Boletín* sobre “El comunismo y la clase media”, del que hablaremos más adelante. En agosto del año siguiente se informa sobre la XI Semana Social de España, dedicada íntegramente a los problemas de la “clase media”, que motivara una felicitación del Papa. En el mismo número del *Boletín* aparece un artículo doctrinario de Luis Gil Montoya, miembro de AC, quien intenta fundar el interés por la “clase media” en los textos canónicos del catolicismo social. La “clase media”, sostiene, posee especial “idoneidad” para la acción política y “*una función de estabilidad y orden que es necesario consolidar*” a fin de “*alcanzar la paz social*”; concluye haciendo un llamado a los católicos a contribuir en ese sentido.³⁶ En marzo de 1952 encontramos una reunión de discusión “Sobre los problemas de las clases medias” en el seno de la V Semana Social argentina.³⁷

Tiempo después, en mayo de 1953, el círculo de AC de la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA organizó un ciclo de cinco días de conferencias sobre la clase media, con gran éxito de público.³⁸ Francisco Valsecchi fue el primer invitado y disertó sobre la “Ubicación de las clases medias en la sociedad”. Lo siguió Felipe S. Tami sobre la “Estructura y caracteres de las clases medias”. Por entonces estudiante de economía y discípulo de Valsecchi, Tami militaba en AC y trabajaba como empleado. De familia de inmigrantes modestos, se identificaba con la ideas de la democracia cristiana y era antiperonista (participaría pronto en la famosa campaña de panfletos en vísperas de la caída de Perón).³⁹ Poco después de su conferencia se graduaría con una tesis doctoral titulada *Una nueva cuestión social: el problema de las clases medias* (1954), inspirada en la doctrina social católica, y que nos da una idea acerca del posible contenido de su alocución. En su tesis, la “clase media” aparece descrita con los mejores colores, según los motivos que ya hemos visto: es agente de “*unidad social*”, es reacia a los regímenes autoritarios y su presencia es útil para “*la conservación de las tradiciones familiares, éticas y religiosas*”. Se encuentra sin embargo en peligro: la exagerada intervención del Estado, la inflación, la concentración excesiva de las riquezas, el antagonismo del proletariado... todo esto contribuye a instalar una “*nueva cuestión social*”, que Tami llama a resolver propiciando la organización gremial y política de la clase media (cita al respecto las propuestas de Bonamino que comentaremos más adelante y los ejemplos de Bélgica y Francia), frenando el “*dirigismo*” estatal (“*que lleva necesariamente al socialismo de*

problema de las clases medias o de la clase media”, *Labaro*, n° 169, julio-agosto 1953, p. 10; “VI Semana Social Católica. Las clases medias”, *Labaro*, n° 172, marzo 1954, p. 6. Hacia 1942 existían 149 Círculos en todo el país y la organización declaraba 42.365 socios; véase *Cincuentenario de los Círculos Católicos de Obreros*, Buenos Aires, FCCO, 1943, p. 92. Para 1946 la cantidad de filiales había ascendido a 160 y el tiraje de *Labaro* era de 25.000 ejemplares; véase Caimari, *Perón y la Iglesia...*, p. 88.

³⁵ Ver *Boletín AC*, n° 331, nov. 1949, p. 488; n° 344-45, feb.-mar. 1951, p. 64.

³⁶ Luis Gil Montoya, “La Iglesia y la clase media”, *Boletín AC*, n° 349-50, julio-agosto 1951, pp. 94-100.

³⁷ Ver *Boletín AC*, n° 356, 1952, p. 55 y n° 357, 1952, p. 132. El “relator” de esa reunión fue José G. Garrido.

³⁸ “La clase media será tema de conferencias”, *La Nación*, 17/5/1953.

³⁹ Entrevista del autor al Dr. Felipe S. Tami, 19/4/2000.

Estado”), e implementando una serie de medidas legales e impositivas en apoyo de ese sector.⁴⁰ La alusión al peronismo es apenas velada.

La tercera conferencia estuvo a cargo del Dr. Juan Pichon Rivière –sociólogo cristiano, docente del Colegio del Salvador y Profesor Adjunto de sociología en la Facultad anfitriona–, y versó sobre la “Función social de las clases medias”. La cuarta fue la del Dr. Rafael García Mata sobre “La clase media rural en la República Argentina”. También Profesor en la Facultad donde se desarrolló el evento, discípulo del economista y sociólogo cristiano Alejandro Bunge y con una experiencia previa como investigador de la Unión Industrial Argentina y en la gestión pública como especialista en problemas del agro, García Mata se destacaría como autor de varias obras de sociología y de economía alineadas con el pensamiento del catolicismo social. No se han registrado documentos que permitan reconstruir el contenido de las exposiciones de estos últimos dos conferencistas.

La última de la serie fue la disertación del Dr. José Enrique Miguens sobre “La clase media urbana en la República Argentina”. Miembro del Consejo Superior de AC entre 1942 y 1950, profesor de sociología en las Facultades de Ciencias Económicas y de Derecho de la UBA, Miguens era también del círculo de discípulos de Bunge. Antiperonista activo, pronto participaría de los “comandos civiles” y de otras iniciativas clandestinas que contribuyeron al derrocamiento de Perón. Su conferencia trató acerca de la decadencia económica de la clase media, especialmente por causa de la inflación. Frente a un auditorio repleto –en el que estaba presente Gino Germani–, Miguens se atrevió a criticar al gobierno, por lo que recibió “una ovación”.⁴¹

Es de suponer que el ciclo de conferencias no debe haber sido algo aislado: seguramente hubieron otras actividades relativas a la “clase media” motorizadas por la AC en esta época. En cualquier caso, el intenso interés que la cuestión provocaba entonces se refleja en la realización de la VI Semana Social de la AC, celebrada en Córdoba en marzo de 1954 e íntegramente dedicada a “Las clases medias”. Los “semaneros” que viajaron de todo el país (entre 150 y 300 según los testimonios) cumplieron una intensa agenda que incluyó quince conferencias de especialistas –cinco de ellas abiertas al público general–, cada una seguida de espacio para debates. Las temáticas tratadas incluyeron los aspectos sociológicos generales para una definición de las clases medias, los aspectos culturales y económicos que las determinan, sus problemas familiares, el pensamiento de la Iglesia en referencia a ese sector, sus dificultades y posibles soluciones en la hora actual y diversas intervenciones sobre aspectos referidos específicamente a su situación en Argentina.⁴² A algunos de los expositores, como Valsecchi, Tami y Bonamino, ya los hemos mencionado y podemos imaginar el contenido de sus alocuciones; el resto de los oradores fueron Celina Piñeiro Pearson, Dr. Cristóbal Carvajal Moreno, Dr. Pedro J. Frías (h.), Dr. Francisco Cerro, Dr. Francisco Sotelo, Dr. Juan Carlos Sentis, Dr. César H. Belaunde, Dr. Jorge Vicien, Pbro. Iñaki de Azpiazu, Dr. Jorge Marc, Dr. Enrique Ferreira, y Monseñor Ramón J. Castellano. De algunos de ellos podemos trazar algún perfil intelectual o de su orientación política. Azpiazu, sacerdote vasco, era antiperonista declarado. Castellano, obispo cordobés, estaba vinculado a AC y había participado previamente en la tarea de la

⁴⁰ Felipe S. Tami, *Una nueva cuestión social: El problema de las clases medias*, Tesis de Doctorado inédita, Facultad de Ciencias Económicas (UBA), 1954, pp. 24, 30, 43-45, 57, 61-80, 97-103.

⁴¹ Entrevista del autor a José E. Miguens, 2000.

⁴² *Boletín AC*, n° 372, marzo 1954, pp. 26-29.

sindicalización de las obreras católicas. Cerro fue una de las figuras centrales del Partido Demócrata Cristiano (PDC). Belaunde era economista, discípulo de Alejandro Bunge, profesor en la UBA y en varias instituciones católicas de enseñanza superior y alto dirigente de AC; participó activamente en la Revolución Libertadora. Vicien era también economista católico, del círculo de Bunge, militante de AC (en la que se ocupaba del gremialismo rural, y de la que llegaría a ser vicepresidente); antiliberal de ideas nacionalistas, fue acérrimo antiperonista, con participación en la campaña de los “panfletos” y en la Rev. Libertadora. Pearson era dirigente de AC, dedicada a la organización de las mujeres. Carvajal Moreno sería militante destacado del PDC.⁴³ De Frías –Profesor de derecho en la Universidad Nacional de Córdoba, más tarde conocido constitucionalista– conocemos su conferencia porque fue publicada más tarde en *Criterio*: giró en torno de los “*problemas culturales y morales*” de la “clase media” y el peligro de su “*despersonalización*”. Frías encuentra la causa de la despersonalización en la pérdida de la centralidad de la propiedad privada en la clase media y su consiguiente “*inmersión en la masa*” y en la “*colectivización*” de sus actividades por obra del Estado o de ciertos desarrollos de la economía. La “*nueva clase media de empleados*” carece de la “*responsabilidad*” social que tenía la clase media de propietarios; por otro lado la cultura moderna –especialmente en las ciudades– no deja de ser vector de elementos corruptores y disolventes del orden y la moral. Para contrarrestar estas tendencias, el conferencista llama a la clase media a no abandonar su función social, a madurar para estar a la altura de los desafíos del presente, contribuyendo con su “*reserva vital, su talento industrial, sus diarias fatigas, su austeridad sin tristezas, su sentido común, su familia fecunda y unida, sus diversiones sanas*”.⁴⁴ Las “Conclusiones” oficiales del encuentro abundaban en alabanzas hacia la “clase media”: las virtudes atribuidas incluían “*espíritu de ahorro*” y sentimiento de “*autonomía personal*”; incluso “*el progreso social, cultural y económico*” se debía “*en gran parte a hombres surgidos de las clases medias*” (tanto el progreso como la clase media aparecen asociados en el texto con la inmigración europea). En fin, por su “*misión de unir a las demás clases sociales*” eran la “*columna vertebral del orden social*”. La clase en cuestión, sin embargo, se encontraba en una crisis que llevaba a su “*empobrecimiento*” y “*masificación*” y que, de no resolverse, auguraba “*funestas consecuencias*”. Para evitar ese destino las Semanas recomiendan impulsar una serie de medidas en su apoyo, que incluían leyes y políticas de defensa de la pequeña y mediana propiedad industrial y rural, de promoción del ejercicio independiente de las profesiones liberales, de vivienda y alquileres baratos, de control de la inflación y los impuestos y de restricción del accionar del Estado en ciertos ámbitos.⁴⁵ Para coronar el éxito del encuentro, el Papa Pío XII, a través de un colaborador, envió una carta bendiciendo la realización de las Semanas Sociales, y felicitándoles por ocuparse de los problemas del “*hombre de clase media*”, cuyas virtudes incluyen su papel moderador de los “*extremos*”, su apego a la libertad y sus arraigados valores morales y familiares.⁴⁶

⁴³ Además de los repertorios biográficos habituales, estos datos fueron extraídos de las entrevistas del autor al Dr. Jorge Vicien (15/8/2000) y a María del Carmen Carossino (viuda de César H. Belaunde, 11/5/2000).

⁴⁴ Pedro J. Frías (h.), “Problemas culturales y morales de las clases medias”, *Criterio*, n° 1216, 22/7/1954, pp. 528-31.

⁴⁵ *Boletín AC*, n° 375, junio 1954, pp. 90-91.

⁴⁶ *Boletín AC*, n° 374, mayo 1954, pp. 71-72.

Muy probablemente la Semana Social motivó en los militantes de AC de cada región gestos de interés por la “clase media”. En Salta, por ejemplo, Benito de Urrutia – periodista, animador de las actividades de AC salteña y a cargo de su Secretariado para las cuestiones económico-sociales– se apuró a responder al llamado publicando en marzo de 1954 un libro sobre “El problema de la clase media”. Generoso en citas de Valsecchi, Bonamino y otros, su libro llama a ocuparse de ese problema como parte de una propuesta de reorganización corporativista de la sociedad para combatir la influencia del comunismo. La clase media argentina aparece claramente asociada a los inmigrantes de origen europeo y a las virtudes de la laboriosidad, el amor al orden social, el equilibrio, la moral y la familia.⁴⁷

J. Roberto Bonamino, el defensor de la clase media

Aunque era también un alto dirigente de AC, la intensidad de sus apelaciones a la “clase media” requiere para J. Roberto Bonamino un lugar aparte. Nacido en 1915 en una familia obrera de inmigración reciente, desde los 12 años militó en el catolicismo; hacia 1938 lo encontramos como delegado de los jóvenes de AC, presentando un proyecto para formar grupos de obreros en las parroquias.⁴⁸ Desde entonces lo veremos a cargo de varias iniciativas de organización de los trabajadores y de divulgación de temas sociológicos (materia en la que era autodidacta). En 1946 le fue confiada la dirección de *El Pueblo*, primer diario católico de alcance nacional. Fundado en 1900, *El Pueblo* estaba dirigido fundamentalmente a un público obrero y a difundir la doctrina social católica (hacia 1956 tenía una nada despreciable tirada de 45.000 ejemplares).⁴⁹

Los primeros signos de interés por la “clase media” los encontramos en 1949. Desde las páginas de su diario, Bonamino se venía ocupando de temas relativos; en noviembre salió a polemizar contra un editorial del matutino *La Nación* en el que se convocaba a la “clase media” a defender el liberalismo contra los avances totalitarios. El director de *El Pueblo* acusa al liberalismo de ser precisamente el sistema que “*ha creado el problema de la clase media*”: es “*la dictadura económica del capital*” la que ha “*pauperizado*” a parte de la clase media hasta hacerla casi inexistente, a consecuencia de lo cual florecieron las doctrinas totalitarias de las que ahora *La Nación* se queja. Por ello, la solución para la “clase media” no vendrá del “*colectivismo*” ni del liberalismo “*que lo engendró*”, sino de la doctrina católica.⁵⁰ En octubre de 1950 Bonamino publica un artículo en el *Boletín* de AC sobre “El comunismo y la clase media”, verdadero programa de acción para la conquista católica de esa clase. La motivación inmediata del artículo, según refiere el propio texto, son las campañas que los comunistas italianos venían lanzando para atraer a la “clase media”, y que sus émulos locales ya estaban también implementando a través de una serie de asociaciones barriales creadas *ad hoc*. El autor insiste en que es un error creer,

⁴⁷ Benito de Urrutia, *Las clases sociales (el problema de la clase media)*, Salta, Cooperativa Gráfica Salta, 1954, pp. 85-86, 114, 122, 128.

⁴⁸ *Boletín AC*, n° 182, 15/11/1938, p. 695.

⁴⁹ María Isabel de Ruschi, *El diario El Pueblo y la realidad sociocultural de la Argentina a principios del siglo XX*, Buenos Aires, Guadalupe, 1988, pp. 52-61.

⁵⁰ Repr. en J. Roberto Bonamino, *Las clases medias*, Buenos Aires, El Pueblo, 1953, pp. 85-93.

como se hacía por entonces, que la “clase media” era siempre e inevitablemente un elemento de “estabilidad” y “la mejor barrera para evitar la extensión del comunismo”. Los sucesos recientes muestran que esa clase, víctima de dificultades económicas y con menor capacidad que los obreros para defender sus derechos, puede también ser receptiva al mensaje marxista. Para conjurar este “*peligro inminente*” Bonamino llama a la Iglesia a lanzarse a la reconquista activa de la “clase media”.⁵¹

Pero es desde 1952 que Bonamino lanza una verdadera campaña por la “clase media” a través de una serie de artículos en su diario y al menos un curso dictado sobre el tema. En estos textos el autor hace un elogio de esta clase, la “*más importante*”, que está llamada “*a ser la fuerza de equilibrio*” que impida la “*ruina*” de la sociedad; “*representa los valores de la tradición, de la cultura y de la moderación*”, y es “*baluarte*” contra todo totalitarismo “*de izquierda o de derecha*”. Constatando sin embargo el peligro de su desaparición, Bonamino llama al Estado y a las propias “clases medias” a tomar conciencia de la gravedad de la situación y a iniciar su defensa. Reconoce que la propia heterogeneidad de ese sector dificulta su organización, por lo que lanza un llamado vehemente a que ellas mismas se auto-organicen y a los católicos (siendo ellos, por propia confesión del autor, mayoritariamente de esa extracción social) para que estudien la cuestión y elaboren “*un plan de reivindicaciones sociales y económicas para las clases medias*”. Vuelve a advertir sobre las iniciativas de los comunistas para obrar en un sentido similar pero en un plan “*extremista*” y “*anticristiano*”. Para contrarrestarlas, llama a los católicos a agrupar a la “clase media” no a través de organizaciones profesionales o sindicales –como venían haciendo hasta entonces– sino en una propiamente de clase, es decir, que unifique a los miembros “*independientemente de la profesión que desempeñan*”, para proteger socialmente a toda la clase, “*dejando a los sindicatos y corporaciones la defensa de los intereses profesionales*” (retomaba en este punto las ideas del intelectual católico belga Victor Brants). Sólo este camino organizativo se adapta a “*la mentalidad contemporánea de las clases sociales*” y a la diversidad de intereses que las cruzan. La organización propia de los católicos llevará a cabo actividades y brindará servicios sociales, recreativos, culturales, etc. amplios y poseerá un “*cuerpo representativo que asuma la defensa y la protección de los intereses de la organización ante los poderes públicos y ante los particulares*”. Mediante este agrupamiento los católicos podrán contribuir a difundir los valores familiares y cristianos y se fomentará el “*equilibrio*” y el “*espíritu comunitario*”, que es contrario tanto al “*individualismo egoísta*” como al “*comunismo totalitario*”. Se evitará así “*que agrupaciones políticas absorban a la masa y la desvíen de los fines que tienen que realizar normalmente*” (Bonamino llama al Estado a “*proteger y estimular estas organizaciones, cuidando mucho el no absorberlas o monopolizarlas*”). De esta organización saldrá una “*élite*” beneficiosa no sólo para su clase sino para toda la sociedad, una verdadera “*punta de lanza para afirmar la doctrina social católica*”.

Como parte de su argumentación, Bonamino se ocupa de exponer cuál podría ser el “*interés social común*” que permita aglutinar a las clases medias más allá de los intereses específicos de cada sector (que pueden incluso ser contrapuestos). En el momento actual, por ejemplo, podría ser “*la carestía de la vida*” o la “*insuficiencia de las*

⁵¹ Repr. en Bonamino, *Las clases medias*, pp. 71-78.

remuneraciones”: “Explotando estos dos temas que interesan a todas las categorías dentro de la clase media podría llegarse a constituir un frente común”. Un camino alternativo (que podría utilizarse en paralelo al anterior) sería la creación de diversas asociaciones representativas de cada interés específico, para luego reunir las en un organismo centralizado. Así, por ejemplo, “podría constituirse la Liga de Comerciantes Minoristas, la Liga de Pequeños Industriales, la Asociación de Pequeños Rentistas” y otras de empleados, docentes, profesionales, etc. que luego confluirían en un “Frente de la Clase Media”. Como primer paso inmediato, Bonamino propone a los católicos crear un “Centro para la Promoción y Defensa de los Intereses de las Clases Medias”, que crecería a partir de un pequeño núcleo inicial y cuyo fin sería estudiar y documentar la cuestión, redactar un programa de reivindicaciones, proponer legislación y organizar la ulterior fundación de otros agrupamientos más ambiciosos. Allí se realizará “el planeamiento de la estrategia y de la táctica de conquista y organización” de la clase media.

Hecha la propuesta, Bonamino dedica un artículo a evaluar las potencialidades electorales de la clase media. Constata que, desde que “últimamente” en todo el mundo la clase obrera adquiriera conciencia de clase y partidos políticos que la representen, se ha producido un desequilibrio electoral, toda vez que éstos proponen programas sociales avanzados que atraen no sólo a los obreros sino a miembros de otras clases que simpatizan con ellos, mientras que el resto de los partidos queda rezagado, tratando de conformar a todas las clases pero sin lograrlo con ninguna. La “clase media” se enfrenta a este hecho en un lugar paradójico: es la “mayoría considerable” de la población, pero ninguno de los partidos políticos la representa “como clase social”. Bonamino concibe dos maneras posibles para que la clase media alcance la “preponderancia política a que tiene derecho”: un camino sería a través de la presión que las organizaciones “extrapolíticas” de la clase media podrían ejercer sobre los partidos existentes, para llevarlos a promover sus intereses; el otro podría consistir en la creación de un nuevo partido político que sea propio de la “clase media”. El autor se inclina por la primera opción, que le resulta más apropiada para el estado actual de desarrollo de la conciencia de esa clase en Argentina. En cualquier caso, concluye que “la clase media tiene un valor electoral inapreciable” que todavía no ha sido “debidamente tenido en cuenta”.⁵²

Bonamino recopiló todos estos artículos en su libro *Las clases medias* (1953), en el que también incluyó viejos textos de Perón hablando de la necesidad de organizar a esas clases y una introducción en apariencia elogiosa hacia el general; un lector actual podría pensar que se trata de un autor peronista (aunque a ningún contemporáneo se la habrá escapado que la propuesta de Bonamino chocaba claramente con el ímpetu “peronizador” del gobierno) y es sabido que *El Pueblo* mantuvo una actitud nada hostil al gobierno incluso hasta 1954. Las dudas quedaron disipadas en una entrevista con el autor: Bonamino recordó que si bien él nunca fue peronista, al principio no sentía especial hostilidad hacia ese movimiento. Las cosas cambiarían cuando el conflicto con la Iglesia se agravara y él mismo sufriera hostigamientos varios (que culminaron con 15 días de encarcelamiento en 1955). De hecho, fue partícipe activo de la Revolución Libertadora, tras la cual llegaron a ofrecerle un alto cargo que prefirió declinar. Indagado sobre los motivos generales de su antiperonismo, respondió que “Perón hizo un daño enorme porque

⁵² Repr. en Bonamino, *Las clases medias*, pp. 13-17, 27, 32-33, 38, 41-44, 48-52, 58-70, 81-83.

'confundió' las clases sociales, confundió el lugar de cada uno: cada clase debe conservar su lugar y no mezclarse con otras" (cabe añadir que, sin embargo, durante toda la entrevista se mostró orgulloso de sus orígenes obreros y crítico de las conductas socialmente "altivas" de algunos "señoritos" de la Iglesia que compartían militancia en AC). Sus guiños hacia Perón en el libro fueron parte de una táctica para ponerlo en evidencia y "demostrar que él había cambiado su doctrina" sobre la clase media respecto de sus primeros tiempos. Por eso, recuerda que su texto fue un éxito de ventas: "el partido peronista salió a comprarlo para evitar que se vendiera al público". (Quizás la memoria traicione al Bonamino actual, llevándolo a pensar que en 1953 ya había adquirido una disposición antiperonista que, sin embargo, podría haber sido algo posterior; en todo caso eso no invalidaría nuestra interpretación).

En la entrevista Bonamino recordó haber avanzado en intentos concretos de construir la organización de clase media que había propuesto; hubo algunas reuniones, que sin embargo terminaron en fracaso. Las causas de esto se adjudican a la heterogeneidad (*"en las reuniones habían traído grupos de clase media muy baja, mientras que otros venían de Barrio Norte"*) y falta de sentido social de los sectores medios: *"no conseguí hacerles sentir el orgullo de clase media"*. Además, el tema generaba algo de entusiasmo en Buenos Aires pero *"en el Interior no mostraron interés"*. Por último, Bonamino percibió que muchos sectores de la Iglesia restaban su apoyo porque *"a los de clase alta no les gustaba nada que fuera elevar a alguien"*.

La entrevista a Bonamino contribuyó con una afirmación espontánea que iluminará la que será una hipótesis general de este trabajo. Al preguntarle por qué hubo tantos signos de interés por la "clase media" entre los católicos en estos años, restó importancia a la influencia internacional y respondió: *"La única manera de parar el totalitarismo peronista que avanzaba era reforzar la clase media católica. No fue muy 'pura' la intención de los católicos para con la clase media: la intención era 'utilizarla' y no sólo mejorar su situación"*.⁵³

En busca de la dorada medianía: Miguel de Andrea

Además de las iniciativas de AC, por esta época otros católicos también lanzaron apelaciones a la "clase media", entre ellos, nada menos que Monseñor Miguel de Andrea, figura principal del catolicismo social. Luego de su formación en Europa, De Andrea había regresado al país en 1900 convencido de la necesidad del trabajo entre los trabajadores para evitar el peligro revolucionario. Pronto lo encontraremos continuando la obra de Grote en los Círculos de Obreros Católicos y convertido en un exitoso orador cuyo fervor patriótico y anticomunista le ganaría la estima de las familias de la élite. Por entonces Gustavo Franceschi se encontraría entre sus colaboradores más estrechos. Luego de ser nombrado obispo (1919) se abocó a la tarea de organizar sindicatos femeninos: en 1923 crearía la Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas (FACE), a la que dedicaría sus mejores energías hasta su muerte. Siempre preocupado por el comunismo, De Andrea concebía a la FACE como un ariete contra el *"sindicalismo revolucionario"* y un verdadero

⁵³ Entrevista del autor a J. Roberto Bonamino, 30/5/2000.

“*ejército blanco de pacificación social*” contrario al marxismo.⁵⁴ En los años treinta el prelado era favorable a alguna forma de organización corporativa que superara las limitaciones del liberalismo y trajera la armonía entre las clases; sin embargo, a diferencia de otros católicos de ideas similares, ello no lo llevó rechazar la democracia en favor de modelos autoritarios. La Segunda Guerra radicalizó su compromiso contra cualquier forma de autoritarismo, cosa que lo acercó a los liberales. En parte por ello y en parte porque la acción de Perón amenazaba su incidencia en el mundo obrero, De Andrea fue abierta y enérgicamente antiperonista desde el principio y utilizó la FACE como plataforma para combatir el régimen.⁵⁵ Ello traería a su empresa una serie de complicaciones que alcanzaría su pico en 1952, cuando el gobierno inicia una campaña de prensa contra el obispo, prohíbe los actos públicos de FACE (que por entonces contaba con cerca de 30.000 socias y centros o filiales en más de veinte ciudades) y amenaza con intervenir la institución.⁵⁶

Es en este contexto que De Andrea lanza una apelación a la “clase media”, clase sobre la que no se encuentran síntomas de interés en sus numerosos textos y discursos previos. El 7 de julio de 1951, una asamblea de delegadas de los veintiséis sindicatos que componían la FACE aprobó, a instancias del propio obispo, una declaración de obvio contenido antiperonista en la que se pronunciaban a favor de la “*convivencia armónica y pacífica entre las clases*”, en contra de que se “*exija el abatimiento de los de arriba*” para buscar la “*elevación de los de abajo*”, e incluso en oposición a las políticas de aumento salarial (“*no nos obsesiona tanto el aumento de los sueldos cuanto la rebaja de los precios*”). Al día siguiente De Andrea presentó el documento con un discurso en un acto de los sindicatos de empleadas. Hablando de la crisis social en todo el mundo, fustigó a los “*modernos redentores*” que ofrecen una salida mediante el “*totalitarismo, que en algunas regiones es comunismo y en otras neo-fascismo*”. Tanto uno como otro muestran “*una coincidencia funesta para el orden social: la hostilidad para con la clase media*”:

“La clase media en la estructura social de la Nación es como la ‘aurea mediocritas’, la medianía de oro, oro moral, en la cual la familia, sin los incentivos de la abundancia y sin las tentaciones de la miseria, puede conservar más fácilmente las costumbres cristianas y cumplir mejor con los deberes morales que dignifican y elevan. La pretensión de unificar las clases en el cuerpo social es una utopía (...) La diferencia de clases es precisamente lo que hace posible el intercambio de las mutuas prestaciones requeridas por la convivencia pacífica del ordenamiento social. La clase media es además el puente providencial que une los extremos. (...) La hostilización por lo tanto y los insoportables gravámenes contra la clase media constituyen un atentado contra la estabilidad del ordenamiento social.”

De Andrea concluye leyendo la declaración mencionada y haciendo un llamado vehemente a enarbolar “*la bandera blanca de los ideales democráticos cristianos*”.⁵⁷ El elogio de la clase media, en ese contexto específico, no deja lugar a dudas: el obispo

⁵⁴ Miguel de Andrea, *Catolicismo social*, Buenos Aires, Difusión, 1945, pp. 182, 234 y 298.

⁵⁵ Lila Caimari, *Perón y la Iglesia...*, pp. 44 y 86-90.

⁵⁶ Ambrosio Romero Carranza, *Itinerario de Monseñor de Andrea*, Buenos Aires, Asociación “Obra Social Monseñor de Andrea”, 1957, p. 342; *Agremiación Femenina* (órgano de FACE), n.º 231-232, nov.-dic. 1945, pp. 25-27.

⁵⁷ *Criterio*, n.º 1144, 26/7/1951, pp. 589-91. Repr. en Miguel de Andrea, *Obras completas*, Buenos Aires, Difusión, 1951, VII, pp. 161-66.

esperaba que las virtudes políticas, morales y familiares puestas en evidencia encarnaran como una identidad de clase en las empleadas, con fines de movilizarlas en la lucha contra el fenómeno peronista (que, implícitamente, aparecía marcado por los defectos de “desmesura” contrarios).

En busca de la “clase media católica”: Julio Meinvielle

Algo similar se encuentra en otro intelectual del catolicismo, el sacerdote Julio Meinvielle. Figura central del nacionalismo de derecha, crítico de todos los valores de la modernidad, antisemita confeso, Meinvielle creía que sólo un orden social cristiano y autoritario salvaría al mundo de los males del liberalismo ateo y de su consecuencia inevitable: el comunismo. Aunque inicialmente albergara alguna esperanza en la figura de Perón, tiempo después llegaría a la conclusión de que el peronismo, por su énfasis materialista y obrerista, por su incitación al antagonismo entre las clases y por su insistencia en la “*función social*” de la propiedad, conducía inevitablemente a un colectivismo “*marxista*”; desde 1949 lo encontramos atacando abiertamente al régimen desde su revista *Presencia*. Paralelamente, Meinvielle fue tomando conciencia de una de las limitaciones fundamentales de la tradición del nacionalismo que él mismo había nutrido desde la década de 1930: su inclinación antidemocrática le había dado un sesgo antipopular que era preciso revertir.⁵⁸

En ese marco, animado por el apoyo papal que había recibido la Semana Social de España dedicada a las clases medias, Meinvielle dedica un artículo a “Nuestra clase media” en 1951. Allí denuncia que se está favoreciendo a los trabajadores a expensas del bienestar de aquella clase, que es “*factor de estabilidad y progreso de una sociedad pacífica*”. A pesar de las injusticias del capitalismo, argumenta, en Argentina se formó una “*clase media extendida y próspera*”, poseedora de un capital modesto, que es la “*depositaria*” del “*acervo intelectual*” del país y “*la animadora de su progreso*” y que lo distingue del resto de Iberoamérica. Es esa clase la que nutrió el movimiento nacionalista de los años treinta y motorizó la Revolución de 1943. Ésta, sin embargo, pronto cayó “*en manos de la clase proletaria*” por obra de Perón, quien favoreció a los sectores sociales más bajos y psicológicamente retrasados, que son los que apoyan al justicialismo. En lugar de elevar la condición social de esa masa, las políticas que favorecieron la mejora de sus ingresos se tradujeron en “*diversiones fútiles*”, un aumento de su “*empobrecimiento moral*”, ausentismo en el trabajo, una menor productividad y una espiral inflacionaria. Toda esta política de “*nivelación*” tiene consecuencias desastrosas, toda vez que “*quiebra el movimiento de legítima ascensión*” que debe efectuarse “*sobre la base del mayor esfuerzo y responsabilidad*”, del “*trabajo y del ahorro*”. Ese movimiento requiere la existencia de “*una clase media fuerte y estable, con sentido del progreso social*” como “*modelo que imitar*” por parte de los trabajadores. Pero las políticas actuales están llevando a la “*proletarización de la clase media*”. Para colmo, las medidas de represión del agio se traducen en molestias a la “*dignidad*” de los pequeños comerciantes e industriales. El “*debilitamiento y extinción de la clase media*”, tal como recomendaban Marx y Lenin, no

⁵⁸ Caimari, Perón y la Iglesia..., pp. 338-48.

puede sino llevar al colectivismo: “*Nuestra clase media, absorbida hoy por dos extremos devoradores –el proletariado y los ‘trusts’ –lleva en su suerte la suerte misma de la paz social de la nación*”. El orden social fundado en la pequeña y mediana empresa que la Iglesia promueve es la única salvación.⁵⁹

Dos semanas después de publicado este artículo *Presencia* se vio forzada a dejar de aparecer. Cuando reinició su publicación, a poco del derrocamiento de Perón, la clase media fue nuevamente tema central. En su primer editorial Meinvielle saluda la Revolución Libertadora que puso coto al “*virus comunista que encierra el justicialismo*”. Sin embargo, no se da respiro para festejos: constata que Perón dejaba como legado una profunda división entre las escalas inferiores de la “*masa asalariada*” y la “*clase media católica*” que finalmente se aglutinó contra el general cuando éste atacó a la Iglesia. Sólo allí la clase media, parte de la cual había apoyado o tolerado a Perón, se unificó contra el régimen. Derrocado el tirano, “*el porvenir inmediato depende de esta clase media católica*”, que encarna la aspiración a “*una armónica distribución de la riqueza*” y a una “*convivencia pacífica de todos los ciudadanos*” y las virtudes de la vida familiar, la nacionalidad y la tradición católica. El cambio que produjo el peronismo en la clase trabajadora es permanente e innegable: “*no se trata de quitarle ahora a la masa obrera las conquistas logradas*”. Hoy la “*clase media católica*” está con el gobierno militar, mientras que los trabajadores están en contra: esta “*profunda fosa de división*” crea “*una grave situación en la posición religiosa de la masa asalariada*”, ya que “*ha surgido la idea en los medios muy populares de la responsabilidad del clero en el golpe*” y en “*la matanza de obreros en Plaza de Mayo*”. De uno y otro lado del Riachuelo puede reconocerse la presencia de estos dos “*campos antagónicos*”. Se impone, por ello, la tarea de “*superación de la división del país*”, que hoy se profundiza cada vez más. Y para eso debe poder reconocerse que el peronismo “*junto a mucho malo ha realizado muchas cosas buenas*”: la justicia social, un programa económico expansivo y redistributivo, la autonomía política nacional, son banderas que deben atesorarse. No puede simplemente retornarse al país previo a 1943, como quisieran liberales y socialistas: la Libertadora no debe caer presa de la “*partidocracia*”. Pero tampoco puede resolverse el antagonismo social “*ametrallando obreros*”, como quieren algunos. Contra unos y otros, “*felizmente, sobre todo en la clase media católica predomina un sentido más humano*”: Meinvielle espera que ella protagonice la gran empresa de justicia y caridad necesaria para elevar a “*las clases más desheredadas de nuestra patria*”. Y concluye: “*Sólo así el peronismo será vencido profunda y radicalmente en nuestro país. Pero esa empresa sólo la pueden llevar a cabo la clase media católica con la clase obrera*”.⁶⁰

Ocho meses más tarde, ya francamente decepcionado con el curso liberal que tomaba la Libertadora, Meinvielle seguía convocando a la “*clase media católica*” a convertirse en “*elemento de enlace*” entre “*lo popular y lo alto*” y en “*aglutinante*” para “*conjugar*” la tradición nacional-católica con las masas. Amargado por la oportunidad que perdió el nuevo Partido Demócrata Cristiano –cuyo carácter “*socialista*” lo alejaba de la

⁵⁹ Julio Meinvielle, “Nuestra clase media”, *Presencia*, 29/6/1951.

⁶⁰ Julio Meinvielle, “La situación política argentina”, *Presencia*, 11/11/1955.

posibilidad de captar a la “clase media católica”– el sacerdote propiciaba “*establecer contactos*” entre representantes de aquéllas y de las clases asalariadas.⁶¹

Toma de distancia (discursiva): la Democracia Cristiana

Fundado en 1954, el Partido Demócrata Cristiano (PDC) intentó convertir al catolicismo social argentino en una opción electoral. A pesar de haber despertado grandes expectativas en la impredecible situación abierta con el derrocamiento de Perón, en su primera prueba en los comicios de 1958 sólo cosecharían 280.000 votos. Entre esos dos años, a diferencia de los casos analizados hasta aquí, no encontramos en el PDC apelaciones importantes a la “clase media”. No es que no haya signos de preocupación por los sectores medios: en 1956 la prensa partidaria, por ejemplo, proponía medidas para ampliar el acceso a la propiedad de la tierra y criticaba la “*dictadura peronista*” por haber empobrecido a la “*clase media, que fuera espina dorsal de la Nación*”.⁶² Pero los documentos y proclamas partidarios eligen claramente apelar a los trabajadores, por momentos sobreactuando sus críticas al capitalismo.⁶³ Incluso pueden encontrarse violentas diatribas contra la “clase media” del tipo de las que se harían típicas entre la izquierda y los nacionalistas luego de 1955 y que contrastan fuertemente con las percepciones católicas de ese sector analizadas hasta aquí. En 1958, por ejemplo, Salvador Busacca –miembro fundador del Partido, del que ocupó altos cargos directivos, y probablemente su más influyente ideólogo– fustigó a “*la clase media ensoberbecida y estúpida y encerrada en sus privilegios y en su riqueza*” por su ceguera respecto de los problemas fundamentales del país y del abismo que la separaba de las masas. La “*revolución social-cristiana*” que Busacca propiciaba entonces requería la mayor identificación posible con la causa de los trabajadores: el programa de gobierno que ofrecía al PDC incluía medidas tan radicales como la cogestión obrera en las fábricas y su participación en las ganancias (cosa que no era obstáculo, sin embargo, para que se propusiera también el apoyo a la “*pequeña y mediana empresa*”).⁶⁴

Esta estrategia discursiva de distanciamiento respecto de la “clase media” para tratar de ser percibido como indudablemente “del lado de los trabajadores” sería común en otros partidos políticos de esa época: en el contexto postperonista, cuando un movimiento de masas había conseguido identificar la causa nacional con la mayoría trabajadora, cualquier apelación a otro grupo social podía ser leída como un apartamiento respecto del “pueblo”, algo que ningún grupo con aspiraciones electorales podía permitirse. La opción electoral impedía al PDC movilizar explícitamente a la “clase media” como había hecho el laicado católico no partidario.

⁶¹ Julio Meinvielle, “Hacia la pacificación del país”, *Presencia*, 27/7/1956. Este texto y los dos antes citados se reproducen en Julio Meinvielle, *Política Argentina 1949-1956*, Buenos Aires, Trófic, 1956, pp. 280-301 y 313-25.

⁶² Ver *El Republicano* (órgano oficial de la Junta Metropolitana del PDC), n° 1, 20/2/1956, tapa.

⁶³ Ver p. ej. Ambrosio Romero Carranza, *Qué es la Democracia Cristiana*, Buenos Aires, Del Atlántico, 1956, y los documentos recopilados en Francisco Cerro, *Qué es el Partido Demócrata Cristiano*, Buenos Aires, Sudamericana, 1983.

⁶⁴ Salvador F. Busacca, *La Democracia Cristiana en busca del país*, Buenos Aires, Democrist, 1958, pp. 27-39. Sobre Busacca ver Bianchi, *Catolicismo y peronismo...*, pp. 286-89.

Conclusiones

Del recorrido planteado en este trabajo se desprende una primera conclusión: desde sus primeros usos y durante todo el período analizado los católicos usaron la idea de “clase media” con un claro propósito “contrainsurgente”. Tanto en el contexto de los años ’30 (cuando el enemigo era el comunismo) como en el de los años ’50 (cuando lo era el peronismo/comunismo) esa idea aparecía siempre relacionada con la voluntad de consolidar jerarquías sociales que se percibían amenazadas por un movimiento popular. En este sentido, y a pesar de las diferencias, la idea del “justo medio” de los católicos tiene muchos puntos de similitud con los usos liberales (igualmente contrainsurgentes) de la idea de “clase media” registrados en Argentina y en el mundo. De hecho, como es sabido, a medida que la Iglesia fuera suavizando sus posturas antiliberales luego de la Segunda Guerra Mundial, las diferencias entre ambas tradiciones se harían menos marcadas; en Argentina, la común oposición a Perón facilitaría el nuevo entendimiento.⁶⁵

En segundo lugar, podemos concluir que el pico de interés del los católicos por la “clase media” registrado a principios de los años ’50 estuvo directamente relacionado con una estrategia política de contención del peronismo a través de la movilización de una identidad de clase que pudiera rivalizar con la poderosa identidad popular que sustentaba a ese movimiento. En ese contexto, apelar a la “clase media” constituía *en sí mismo* un ataque al gobierno, incluso sin necesidad de hacer explícito un discurso antigubernamental. Frente a la visión peronista de un pueblo nacional homogéneamente unificado tras su líder, la mera distinción de una “clase media” diferente del pueblo trabajador era un ataque a la ideología del régimen. Así, la idea de la “clase media” como “justo medio”, que ya había aparecido previamente como dispositivo anticomunista, fue retomada y adaptada para combatir al peronismo (que, de hecho, algunos percibían como una mera variante de comunismo). No es casual que muchos de los paladines católicos de la “clase media” (Franceschi, De Andrea, Bonamino) hubieran comenzado su trabajo social como organizadores de la clase obrera: el intento de apoyarse en los sectores medios y de recortar una “clase media” que se despegara así del “pueblo” de los peronistas puede relacionarse con las limitaciones que venían experimentando los católicos sociales a la hora de penetrar en medios obreros –siempre impermeables a los esfuerzos de la Iglesia– y en su necesidad de encontrar una base social alternativa. Debe notarse, sin embargo, que no se perciben diferencias entre las diversas corrientes que surcaban el catolicismo argentino en lo que al interés contrainsurgente por la “clase media” se refiere: como hemos visto, se registraron apelaciones hacia ese sector de católicos elitistas y “sociales”, tanto integristas como “liberales”.

Una tercera conclusión es que los católicos deben haber sido un vector de gran importancia en la formación de una identidad de “clase media” en Argentina. A falta de estudios sobre el tema, esta afirmación debe mantenerse en grado de hipótesis. Pero en la medida en que no existen evidencias que indiquen que existiera en Argentina una fuerte identidad de “clase media” previa al peronismo, podemos estar seguros de que los católicos desempeñaron, al menos, un papel considerable. Canalizado a través de lo que Susana Bianchi ha descrito como un “*vasto sistema de articulación*”, a la vez centralizado y

⁶⁵ Lila Caimari, *Perón y la Iglesia...*, p. 270; Bianchi, *Catolicismo y peronismo...*, pp. 54-56, 269.

“*capilarizado al extremo*”, que conectaba la jerarquía oficial de la Iglesia (internacional y local) con el “*movimiento católico*” y sus ramificaciones en sindicatos, partidos políticos, escuelas, universidades, prensa, radio, etc., el predicamento de los católicos tenía una llegada social que no puede subestimarse ni restringirse al (ya de por sí impresionante) número de los afiliados a sus instituciones o lectores de su prensa.⁶⁶ Si bien es cierto que ni las organizaciones del laicado en los sectores medios lograron acercarse a grandes números, ni la apelación a la “clase media” se tradujo en un aumento perdurable de los militantes católicos (el número de afiliados de AC sufriría en los años '50 un inexorable declive que continuaría en las décadas siguientes), la visibilidad e impacto “cultural” de sus campañas fue notable.

Por último, hemos visto a los católicos sociales argentinos a la vez “traduciendo” ideas internacionales (la influencia de los belgas ha aparecido con insistencia) y adaptándolas para uso específico en la situación local. En este sentido, y siempre a modo de hipótesis, es probable que la operación de los católicos en los años '50 haya dejado huellas permanentes en algunos de los contenidos específicos que adoptó la identidad de “clase media” en Argentina, que no son obvios ni necesarios: su identificación con una orientación política particular (antiperonista), con la oleada de inmigración europea (por contraposición a los migrantes internos y “cabecitas negras” que durante mucho tiempo se consideraron la base de apoyo principal de Perón) o con determinados valores familiares y morales. Si así hubiera sido, el catolicismo social puede sentirse satisfecho por haber triunfado en su designio, ya expresado por Amadeo en 1922, de hacer de esta “clase media” un “ariete” contrainsurgente.

⁶⁶ Susana Bianchi, “La conformación...”, p. 143.